

Laura Rivière

# PRIMER AÑO EN SUMERU

Una novela no oficial ambientada  
en Genshin Impact



LAURA RIVIÈRE

# PRIMER AÑO EN SUMERU

UNA NOVELA NO OFICIAL AMBIENTADA EN  
GENSHIN IMPACT

*Planeta Junior*

Publicado originalmente en francés con el título:

*Genshin Impact – Première année à Sumeru*

© 2023, 404 éditions, un sello editorial de Édi8, Paris, France.

© de la traducción: Eric Levit Mora, 2024

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28862-6

Depósito legal: B. 9.761-2024

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«Genshin Impact» es una marca registrada de MIHOYO Co., Ltd.

Este libro es una obra de ficción y un producto no oficial de Genshin Impact, que no ha sido aprobado ni está asociado a MIHOYO Co., Ltd.

El resto de los nombres, personajes lugares y tramas son fruto de la imaginación del autor o se usan de manera ficcional.

## CAPÍTULO

# 1

Acaba de empezar el verano y, sin embargo, el ambiente en Mondstadt ya se ha vuelto sofocante. Para escapar del calor y del ruido de la ciudad, me he refugiado más allá de las murallas. Junto al Templo del Halcón, una construcción de piedra gris que lleva lustros abandonada, hay un gran árbol con un tronco lo bastante ancho, y casi lo bastante cómodo, para apoyarse. Siempre me escabullo por aquí cuando necesito alejarme del barullo de la ciudad... ¡y de mis tareas! ¿Quién querría trabajar con semejante bochorno?

Cuando me dispongo a volver a sumirme en mi siesta, algo se agita entre los matorrales cercanos y me pone en guardia. Me incorporo de golpe y, a pesar de la luminosidad, entorno los ojos para intentar localizar el origen del ruido. Frufrú. Sea lo que sea, se está acer-

cando. Y hace demasiado ruido para tratarse de una ardilla o de un pajarito. Mi instinto me empuja a levantarme. La adrenalina me invade con tanta fuerza que mi cansancio y mis bostezos no son ya más que un mal recuerdo. Tampoco me he alejado tanto de la ciudad, pero, más allá de las murallas, el peligro acecha en cada esquina. Me llevo la mano a la cadera y aferro la empuñadura de mi daga.

Entonces, dos slimes surgen de entre la maleza, sin duda atraídos por los numerosos champiñones que crecen por aquí o a saber por qué. Estas criaturas redondas, blandengues y gelatinosas me dan bastante igual. De todas formas, me siento aliviado: solo son slimes. Para ser sinceros, les perdonaría la vida si me dejaran volver a mi siesta, pero parece que eso no entra en sus planes, porque vienen derechos hacia mí. Suspiro. ¡Se acabó la paz! En cuanto llegan a mi altura, desenvaino la daga y les asesto una lluvia de puñaladas. Esos montones de limo explotan al contacto, pero no sin antes dejar un rastro de babas y moco por el suelo... y en mis zapatos. Puf. Alargo una mano sobre mi cabeza y arranco una hoja del árbol para intentar limpiarme este desastre. Nada... Han quedado peor:

he extendido la mancha. Suspiro de nuevo. ¡Estos malditos monstruos me han dejado acalorado! Inclino la cabeza para secarme una gota de sudor que me perla la frente.

Fiiiiiu.

Una flecha me pasa silbando junto a la oreja. ¡Casi me la como! Me doy la vuelta a toda prisa para enfrentarme a mi atacante. Es un hilichurl, una raza de monstruos humanoides con la piel color carbón que llevan máscaras blancas enmarcadas por una crin de pelo. ¡Maldita sea! Probablemente, le haya alertado mi pelea contra los slimes. Estos energúmenos no suelen ir solos. Si hay un ballestero por aquí, sus compañeros no andarán lejos. Sopeso la daga en la palma de mi mano... no vale la pena hacerme el valiente: lo mejor que puedo hacer es huir. Envaino el arma, me echo el zurrón a la espalda y arranco a correr en zigzag, esquivando las flechas enemigas. Me veo obligado a tirarme al suelo y rodar sobre la hierba más de una vez, pero soy rápido y no dejo que me acierte ningún disparo del monstruo. De hecho, a cada paso que doy, las flechas pasan más lejos, así que sé que le estoy ganando terreno. El sol del mediodía me quema la piel y el sudor me

pica en los ojos, pero no me detengo hasta llegar al puente.

No miro atrás hasta alcanzar la imponente construcción de piedra gris que conduce a Mondstadt. No queda ni rastro del hilichurl. Quizá no sean muy listos, pero no están lo bastante locos para aventurarse tan cerca de la ciudad. ¡Uf! Por qué poco. Me detengo a recuperar el aliento con las manos apoyadas en las rodillas. Tengo que secarme la frente varias veces. ¡Al final va a resultar que hubiese pasado menos calor de haberme quedado en casa limpiando o pelando verduras para el servicio de cena! En todo caso, un último vistazo al sol me indica que ya va siendo hora de volver. Me subo al parapeto del puente, me meto las manos en los bolsillos y comienzo a andar con seguridad. He hecho esto cientos de veces y ya ni miro dónde piso. Por el camino, me pongo a silbar. El puente es inmenso, así que la ciudad se va desvelando ante mí poco a poco. Desde mi posición, empiezo a vislumbrar los tejados rojos y los grandes molinos cuyas aspas apenas se mueven por la falta de brisa, la sede de los Caballeros de Favonius y, por supuesto, la imponente e inmensa catedral de Mondstadt.

Cuando llego a la puerta de la ciudad, saludo a los guardias apostados en la entrada y sigo mi camino por las calles adoquinadas. Para el ojo inexperto, las cicatrices del ataque de Dvalin, un inmenso dragón azul, son casi invisibles. El ambiente es tan sofocante que la ciudad parece desierta. Casi todos los postigos están cerrados para intentar mantener el poco frescor que pueda quedar en las casas. Fuera, el silencio es casi absoluto. Solo se oye el canto de los pájaros y el tintineo del metal en la fragua...

—¡Hola, Wagner! —suelto cuando llego a la altura del herrero.

—Grrr —gruñe a modo de respuesta, con la espalda encorvada sobre sus labores.

—¡Buenas, Liam! —exclama una voz tras él. Es Schulz, el aprendiz de Wagner y, ante todo, mi mejor amigo. Suelta sus herramientas y viene a darme un abrazo. Huele a quemado y a sudor—. ¿Por dónde andabas? —me pregunta mientras me estudia con la mirada.

Me encojo de hombros. Llevo los zapatos sucios y tengo el pelo sudado pegado a la frente y lleno de hierba y ramitas.



—Tío —me advierte Schulz—, más te vale estar presentable antes de que te vea tu padre...

Sonríó ante el comentario. Weijun no es mi padre, y Schulz lo sabe perfectamente, pero todo el mundo lo llama así y yo ya no los corrijo. Al fin y al cabo, tienen razón. Weijun es lo más parecido que tengo a un padre. Y yo lo considero como tal, a pesar de estar empeñado en seguir llamándolo por su nombre.

—Sí, y más me vale darme prisa... ¡ya llego tarde!  
—le digo a mi amigo despidiéndome con la mano.

Subo un tramo de escaleras y tuerzo por un callejón. Llego a la fachada del restaurante, pero lo paso de largo para meterme en la cocina por la puerta de atrás. Dentro, me encuentro a Weijun ya atareado. Ni siquiera levanta la mirada. Sin apartar la cabeza de la olla, señala con el índice el reloj de pared. Yo intento hacer mutis y me escabullo tras él a toda prisa.

—¿Dónde te habías metido, muchacho, para llegar tan tarde... y en este estado?

Me doy la vuelta con un suspiro. Todavía no ha levantado la mirada de la encimera.

—He ido a buscar algún sitio al fresco.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí... pero también me he encontrado con unos slimes y un hilichurl.

No vale la pena intentar mentirle a Weijun. Tarde o temprano, siempre acaba por enterarse de lo que quiere saber. Es mejor no hacernos perder el tiempo a ninguno de los dos.

—No sé qué voy a hacer contigo, muchacho. Ya has cumplido catorce años y sigues siendo igual de irresponsable. Ya podrías seguir el ejemplo de tu amigo, Schulz. Es buen chico y un aprendiz serio. No quisiera verme obligado a encerrarte aquí dentro con dos vueltas de llave.

Cuando me dispongo a decirle que Schulz no se porta tan bien como parece, me corta.

—Bueno, ve a decentarte, ponte el delantal y vuelve aquí. Tenemos mucho que hacer si queremos llegar a tiempo al servicio de cena.

De vuelta en la cocina, me dedico a ayudar a Weijun. El viejo no es de Mondstadt. Se crio en el

puerto de Liyue, al sureste de aquí, más allá de la Puerta de Piedra. Tras una discusión con su familia de la que nunca habla, dejó su ciudad natal y vino hasta aquí, donde le habían prometido que encontraría trabajo. Tras unos años complicados, de los que tampoco habla, en una ciudad que no lo acogió como esperaba, se las arregló para montar su propio restaurante, cuya fama no ha dejado de crecer desde entonces. Pero Weijun no es un hombre a quien le importe la gloria. No se ha movido del pequeño edificio donde empezó su negocio y nunca ha querido agrandar el establecimiento, así que llenamos el local en cada servicio. Incluso en días tan calurosos como hoy. Yo le echo una mano durante mis vacaciones y así sus dos aprendices pueden turnarse para tomarse unos días libres. Weijun cree que, aunque pretenda estudiar, nunca está de más que aprenda un oficio. Yo creo que le hace ilusión transmitirme sus conocimientos y que, en el fondo, espera que tome el relevo llegado el momento.

Esta noche, los clientes podrán escoger entre dos platos: pescado a la parrilla con mantequilla y la Tentación de Adeptus, una sopa tradicional de Liyue. Y, de

postre, la especialidad del chef: su famoso tofu de almendras. Con este calor, casi todos exigirán también sidra de manzana para acompañar.

Termino el servicio hecho polvo. El calor y el trabajo me han dejado exhausto. Weijun no tarda en darse cuenta y, ya en la cocina, me manda a la cama riendo entre dientes. Me duermo en cuanto apoyo la cabeza en la almohada.

A la mañana siguiente, me despiertan las manos de Weijun sacudiéndome suavemente por los hombros.

—Muchacho, muchacho, esto te interesa —me dice mientras agita un sobre a un palmo de mi cara.

Tardo unos segundos en espabilarme lo suficiente para reconocer el sello sobre el papel: viene de la Academia de Sumeru. Me incorporo de un brinco. Llevo meses esperando la respuesta a mi candidatura. Me tiemblan las manos. Miro a mi padre adoptivo sin saber qué hacer. El viejo me sonrío y me insta a abrir el sobre. Contengo la respiración y le hago caso. Tengo que leer la carta tres veces para entender el contenido. ¡Me han admitido en la escuela más prestigiosa de

Teyvat! Me invaden el orgullo y la felicidad. Weijun me abraza.

—¡Lo sabía, muchacho, lo sabía! Cerremos el restaurante este mediodía y abramos una buena botella para celebrarlo. ¡Dile a tu amigo Schulz que nos acompañe!

Al mediodía, nos juntamos los tres para comer. Quedaron sobras de la Tentación de Adeptus de ayer y está todavía más rica recalentada. Aun así, no consigo probar bocado. Sin darme cuenta, mi emoción ha dado paso al miedo. Nunca me he alejado de las murallas de Mondstadt, y Sumeru no está precisamente aquí al lado. Hay varias jornadas de camino... Será la primera vez en mi corta vida que esté totalmente solo, sin Weijun ni Schulz. Deben notar que estoy inquieto, porque mi amigo intenta animarme:

—Pero ¡bueno! ¿No era tu sueño ingresar en la Academia? ¿Te van a entrar las dudas ahora que lo has conseguido? Vas a descubrir el vasto mundo, recorrer Teyvat de arriba abajo, conocer a gente importante... ¡y a lo mejor hasta llegas a serlo tú!

Schulz me dice esto con los ojos brillantes de emoción. Él tampoco ha podido viajar nunca más allá de los dominios y territorios de la ciudad. Y tiene razón... siempre he querido dejar el restaurante de Weijun y nuestra pequeña rutina para vivir una Aventura, con A mayúscula. Esta carta de admisión de la Academia de Sumeru es el primer paso. La conversación con mi amigo y mi mentor me tranquiliza un poco. Que te acepten en una escuela no es como si te echaran a una fosa llena de monstruos. Pero las emociones fuertes no son el principal motivo por el que he querido inscribirme. Weijun lo sabe muy bien y Schulz lo sospecha. Lo que busco en esta prestigiosa institución son respuestas. ¿Lograré por fin resolver el misterio de mi pasado y mis orígenes?